

EL POBLADO HISTÓRICO DE CAÁ CATÍ:

La dimensión de lo público y lo privado del paisaje cultural.

AUTORES: * ARQ. VALENZUELA, MARÍA V.; ** ARQ. PIÑEIRO, EDGAR A.

* Arquitecta, Docente investigadora, Co directora del Centro de Estudios Históricos, Arquitectónicos y Urbanos, FAU-UNNE. Máster en Arquitectura del Paisaje, Universidad Politécnica de Cataluña.

** Arquitecto, Docente investigador del Centro de Estudios Históricos, Arquitectónicos y Urbanos, FAU-UNNE. Magister en Docencia Universitaria. Posgrado en Formación ambiental, UNLP.

Dimensión: Investigación

RESUMEN

El trabajo está centrado en el estudio de los paisajes culturales de Caá Catí donde se conjugan lo público y privado en la configuración del espacio como respuesta a las características climáticas que propiciaron la vida al aire libre y del paisaje natural definido por extensas áreas anegables, estrechos y alargadas lomadas arenosas, factores que condicionaron fuertemente el desarrollo urbano y económico-productivo, y forjaron un entramado social con fuertes rasgos identitarios expresados a través de manifestaciones culturales que hallan en el espacio público, creado en etapas tempranas y recreado en varias versiones hasta en la época actual, el lugar propicio para llevarlas a cabo.

Por tanto, el estudio indaga sobre las características del soporte físico natural y en la conformación del tejido urbano en respuesta a las condiciones físicas, así como, en el tejido sociocultural que se fue conformando en respuesta a las dos primeras dimensiones a través de algunas de sus expresiones culturales y religiosas más antiguas y emblemáticas, enlazando así, a modo de hilo conductor, el trinomio Paisaje-Cultura-Sociedad.

Palabras clave: paisaje, sociedad, espacio urbano.

INTRODUCCIÓN AL PROBLEMA

El concepto de paisaje como la expresión de una cultura a partir de todo el espesor que le precede y que confluyen en un determinado espacio territorial. Así, el territorio es el resultado de un dinámico proceso de transformación, un sistema complejo en continua evolución, donde "los habitantes nunca dejan de borrar y de volver a escribir en el viejo libro de los suelos" (Corboz, 2001) y se convierte, entonces, en el mapa espacio-temporal del lugar donde los habitantes desarrollan su vida, generando un espacio definido, producido y ordenado por acciones humanas (Álvarez Muñarriz, 2011). El paisaje es entendido como un concepto construido por una sociedad que sirve para expresar las relaciones complejas, dinámicas y cambiantes entre ésta y su territorio, donde se expresan sus estructuras sociales y culturales, así como, su sistema de creencias y valores como construcción cultural, que adquiere su significado y valor en el tejido social.

En los centros históricos de las ciudades se aglutinan los vestigios de la identidad y la memoria de la sociedad fruto de las intrincadas interrelaciones de los habitantes con el territorio en su devenir histórico, y se genera una apropiación espacial marcada por la significación cultural de rasgos materiales, inmateriales, afectivos, espirituales y simbólicos transmitidos en el entramado social, de generación en generación. En Caá Catí, muchos de estos vestigios perviven en el paisaje actual, en parte, por su historia de aislamiento intermitente y sus cortos períodos de prosperidad económica, que permitieron conservar

tanto, sectores urbanos donde se identifican rasgos del paisaje colonial y poscolonial, como, ciertas expresiones socio-culturales (entre lo religioso y lo pagano) que los tenían como escenario.

El estudio indaga sobre las características del soporte físico natural y en la conformación del tejido urbano en respuesta a las condiciones físicas, así como, en el tejido sociocultural que se fue conformando en respuesta a las dos primeras dimensiones a través de algunas de sus expresiones culturales y religiosas más antiguas y emblemáticas, enlazando así, a modo de hilo conductor, el trinomio Paisaje-Cultura-Sociedad.

El objetivo de este trabajo se centra en reflexionar sobre los usos del espacio público colonial en la región y específicamente en Caá Catí, así como su relación con los espacios privados, y determinar las formas de uso colonial que perviven en el paisaje cultural actual de la localidad.

PAISAJE NATURAL Y EVOLUCIÓN REGIONAL

La actual provincia de Corrientes se caracteriza por su ocupación temprana a partir de fines del siglo XVI y, debido a esta circunstancia, la primera fundación en este territorio, Juan de Vera de las Siete Corrientes, creció aisladamente del resto de las fundaciones colonizadoras, a excepción de la región jesuítico-guaraní en el noroeste de la provincia. A la primera le sucedieron otras fundaciones con el propósito de fortalecer la presencia española en el territorio frente a los reclamos y hostigamientos de los grupos originarios. Estas primeras ciudades -Itatí, Esquina, Goya, Bella Vista, entre otras-, se instalaron, al igual que la ciudad de Vera (Corrientes), en las márgenes del río Paraná, en el caso de las españolas, y del Uruguay, en el de los pueblos de indios de la orden ignaciana. El emplazamiento ribereño representaba mayores posibilidades de tránsito y comunicación, así como, de intercambio comercial y favoreció el rápido crecimiento económico y poblacional. El centro-norte de la provincia, donde se localiza Caá Catí, en cambio permaneció en un aislamiento y forzado atraso debido a su condición de depresión topográfica ocupada por terrenos anegables y numerosos cuerpos de agua, que dificultaban el acceso, la circulación, así como, el desarrollo de vías de comunicación seguras y estables (Valenzuela, 2019).



Fig. 1. Lomada arenosa rojiza cubierta de sabana arbolada y praderas. Atrás bosque en isleta. Foto: Valenzuela, 2014.

El emplazamiento elegido por las primeras familias pobladoras presentaba un escenario aparentemente adecuado para el asentamiento por sus condiciones físicas y geográficas: una extensa planicie cubierta de pastizales, suavemente ondulada con temperatura templada, gran disponibilidad de agua y bosques aislados. Pronto se encontraron con algunos de los inconvenientes que presentaba el lugar: anegamiento de los terrenos y desborde de las lagunas luego de copiosas lluvias. Esta situación llevó al traslado del caserío y lugar de culto, en dos oportunidades, en la búsqueda de terrenos más elevados y con mejor drenaje. Los terrenos aptos para el asentamiento y el cultivo eran estrechos, con suelos pobres en nutrientes, bajos y de difícil tránsito, factores que dificultaron fuertemente el desarrollo económico.

El paisaje de este sector está definido por una planicie sedimentaria con extensos cordones o lomadas arenosas, que se desarrollan longitudinalmente de noreste a suroeste, y planicies embutidas, inundables en su mayoría, ambos cribadas de lagunas de escasa profundidad, unas con espejo libre y otras colmatadas por la vegetación palustre, además de amplias depresiones como esteros casi permanentemente con agua. Los primeros pobladores se establecieron en uno de los angostos cordones, en un pequeño espacio cribado de lagunas, y confinado, a ambos lados, por complejos de esteros y bañados: hacia el Oeste, el complejo de los esteros del río Santa Lucía compuesto por un extenso conjunto de esteros, bañados y orillares[1]; y hacia el Este, el Estero Malo correspondiente a la gran depresión iberana (Carnevali, 1994).

[1] Su composición fitogeográfica corresponde a las Unidades de Paisaje N° 7 y N° 11, al Dominio Chaqueño, Sector Parque Mesopotámico, Subdistrito Correntino, clasificación de Carnevali, 1994.



Fig. 2. : Sabana arbolada con palmeres de *Butia yatay*.

Foto: V. Valenzuela, 2014.

Relictos de la selva paranaense aunque con menor diversidad se desarrollaban en este sector en forma de isletas o acompañando el curso de arroyos, con especies características como pindó, tacuruzú, timbó, laurel, entre otros, algunas de ellas maderables como el urunday, el lapacho, el curupay y el timbó eran utilizadas para la construcción y la comercialización a través del puerto de Yahapé (Fig.1). La producción ganadera era limitada, debido a la escasa disponibilidad de terreno apropiado para la cría, aunque permitía la exportación de pieles y otros productos cárnicos. Las lomadas, los albardones y algunas rinconadas permitían el desarrollo de una acotada actividad agrícola.

El suelo era arenoso de color rojizo y bien drenado, con mosaicos de sabana herbáceas y prados apropiados para la actividad pecuaria; y sabanas con palmares e isletas de bosques con especies aptas para la construcción de las primeras viviendas (Fig.2). Este entorno físico condicionó el crecimiento de Caá Catí tanto como el de los otros poblados que se instalaron en esta región como Berón de Astrada, Lomas de Vallejos, Yaguareté Corá, Itá Ibaté, entre otros. Aun así, aquel caserío que conformaba poco más que un “vecindario” presidió, desde el siglo XVIII, la expansión colonizadora de pueblos no indígenas, entre los esteros de Maloya y el cauce del Santa Lucía, siendo la “parroquia de españoles” (hombres de raza blanca) más antigua, según H. Gómez (1942) después de la capital. De hecho, según el mismo autor, hacia 1779 solo existían en la provincia las parroquias de Corrientes, Caá Catí y Saladas.

La construcción del ferrocarril de trocha angosta resultado de una iniciativa privada, aunque con dificultades, ha sido un importante medio de transporte de productos comerciales y de personas hasta inicios de la segunda mitad del siglo XX, época en que el comercio local se abrió a la entrada de nuevos productos, nuevos materiales así como nuevos lenguajes arquitectónicos. La comunicación ferroviaria interrumpió los largos años de difícil comunicación y aislamiento, reforzó la definición regional y propició el intercambio comercial, social y cultural. Sumado al ferrocarril, la construcción de la Ruta Provincial N° 5 también mejoró y reforzó las comunicaciones no solo con la capital sino con las otras localidades como Lomas de Vallejos, Berón de Astrada y San Luis del Palmar. Asimismo, la Ruta Nacional N° 12, paralela al Río Paraná permitió otra forma de acceso a través de la Ruta Provincial N° 13 construida sobre la lomada denominada Ibahay, y se vincula a la RN N°12 a la altura de Itá Ibaté, y a Berón de Astrada unos kilómetros antes de dicha ruta, desviando hacia el este, por Ruta Provincial N°15.

En definitiva, fueron dos los factores que condicionaron el crecimiento y la expansión de la localidad: uno de ellos fue la lejanía a centros más poblados y de oportunidades comerciales, como la ciudad de Corrientes, que distaba a 132 km, a través de un precario camino que atravesaba dificultosamente el estero de Maloyas que menudo se tornaba intransitable, debiendo esperar varios días hasta que las aguas bajasen y permitieran el tránsito. La segunda fue y es la estrechez del terreno no inundable.

LA CONFIGURACIÓN DEL PAISAJE URBANO

Hacia 1.750, los primeros pobladores se afincaron en lo que hoy se denomina Departamento de General Paz ubicado a 200 km de la ciudad de Juan de Vera de las Siete Corrientes. La primera capilla data de 1.757, erigida a media legua del sitio de emplazamiento actual, la que fue elevada al rango de curato en 1.764. El primer asentamiento era poco más que un caserío disperso entorno a la capilla, y años más tarde, se traslada a la localización actual, en la denominada “Plaza Vieja” (actual Plaza Belgrano). La capilla ya en su nueva localización fue elevada al rango de parroquia en 1.779. Unos cuarenta años más tarde, en el año 1823, el gobernador Juan J. Blanco decretó el replanteo de la planta urbana.

La producción en estas áreas era, en su mayoría, agrícola-ganadera, se definen como sistemas de espacios que permitían el desarrollo de las actividades domésticas y de producción del núcleo familiar en un espacio determinado como chacra y que contenía a la vivienda junto a las áreas de producción para el autoconsumo. La mayoría de las actividades domésticas como: comer, lavar ropa o enseres, cocinar, y hasta dormir o asearse, se realizaban al aire libre, bajo las galerías o enramadas debido a las bondades del clima durante gran parte del año, la mayoría de las propiedades contaban con generosos patios con frondosa vegetación que generaban áreas de sombra. Funciones como la de preparar alimentos era una tarea que en épocas de clima favorable se realizaba al aire libre o en una galería o enramada. Los primeros pobladores dependían principalmente de la agricultura. Los cultivos eran básicamente de algodón, mandioca, maíz, sandía, entre otros. El tabaco era sembrado en el fondo de las casas. También la ganadería era un factor importante. Los que podían tenían vacas lecheras, gallinas, patos, etc. que los usaban para el consumo diario o para vender. Poseían plantaciones de naranja, pomelo, limón, mandarina y demás cítricos.

El terreno de emplazamiento era un acotado espacio entre lagunas, esteros y bañados que presentaba complicaciones en épocas de lluvia. En este estrecho espacio se emplazó un caserío que años más tarde fue formalizado a través de amojonamiento y trazado de calles. De hecho, debió mudarse al segundo asentamiento, unos metros hacia el Este (Plaza 25 de Mayo), debido al desborde de la laguna Riachuelo, ubicada al Oeste, alejando al primer emplazamiento, actual Plaza Belgrano.

A pesar de las dificultades de tránsito y comunicación que esto significaba, hacia 1826, la pequeña aldea había alcanzado cierto desarrollo y estabilidad, y contaba con todas las instituciones necesarias para la administración y atención públicas: religiosa, judicial, militar y política.

EL PAISAJE URBANO Y SU DIMENSIÓN CULTURAL

La planta urbana se desarrolló con la geometría ortogonal indiana, con amanzanamientos de 100 x 100, típica de la ciudad hispanoamericana y calles rectilíneas que se pierden o interrumpen para luego continuar sin perder la linealidad, en contacto con las lagunas y depresiones propias del paisaje natural. La más importante es la Laguna Rincón, ubicada al sur, entorno a la que se delinea un paseo que limita el tejido urbano en esa orientación, y sirve de acceso al balneario municipal.

Otros espejos de agua significativos son: la laguna Riachuelo, ubicada al Este acompañada por una gran superficie de esteros y bañados; y Las Garzas, que junto a la laguna Maciel y otras de similar tamaño forman un frente que impide el crecimiento hacia el Oeste y Noroeste. Otras de menor tamaño quedaron insertas en la trama urbana. El cordón arenoso ubicado hacia el Norte, paralelo al trazado de la Ruta Provincial N° 13, ofrece una oportunidad de crecimiento de la planta urbana.

En el paisaje urbano conviven lenguajes arquitectónicos y sistemas constructivos diversos, donde se destacan tres cortes temporales. Los más antiguos corresponden a las primeras edificaciones que respondieron a un patrón espacial y tecnológico de casas de tiras resguardadas por galerías hacia el frente y el contra frente. La primera, construida en el espacio público, y la segunda, hacia el patio interior del terreno. Muchas de estas casas siguen en pie y tienen una presencia relevante en el paisaje urbano; Hacia mediados del siglo XIX las casas con galería se adaptan a los estándares de la época y adquieren mayor altura e incorporan amplios zaguanes a sus accesos (Fig. 4-5).

Hacia fines del siglo XIX, comienza la transformación del paisaje urbano y se establece el segundo modelo dominante acorde al lenguaje ecléctico italianizante que había entrado al país por medio de inmigrantes italianos y, hacia el 1900, algunos de ellos se radicaron en Caá Catí. El ladrillo, asentado en tierra o en argamasa de cal o de suelo cal, permitió la adopción de estos modelos, con muros portante de gran altura. Así, los tipos de vivienda en galería dieron lugar a otros que contaban con un amplio zaguán de ingreso, altas fachadas que duplican en altura a las de corredores. También el lenguaje moderno se impregnó en el paisaje caacateño con fuerza suficiente para competir con los dos anteriores. A partir del mejoramiento paulatino de las conectividades del pueblo con el resto de la provincia, fue inevitable el ingreso de otros lenguajes superadores del historicismo ecléctico italianizante, difundidos por revistas de la construcción: El Art Deco, entre el 1920 y 1930, definían una arquitectura con decoración abstracta en las todavía fachadas planas impuesta por el lenguaje anterior. Luego, entre el 40 y 60, comenzaron a construirse viviendas de lenguaje moderno con sus austeras fachadas y pequeños aleros o galerías demarcando el ingreso de la vivienda y el empleo de losa de hormigón armado para los entresijos. Paralelo a este lenguaje, también fue difundido el modelo de casa tipo chalet y la californiana que poseía una ocupación de lote totalmente

diferente a las de galerías. Su retiro de la línea municipal daba lugar a un jardín delantero, al arbolado de la vereda y la edificación resuelta en perímetro libre (Valenzuela, Piñeiro, 2019).

El crecimiento poblacional del manzanero regulado a partir de 1830 no creció más que lo que se encuentra en las ocupaciones y loteos hacia comienzo del siglo XX. La producción familiar era de gran importancia sumado al contacto con poblados vecinos en similar situación, como Mburucuyá, Itá Ibaté, Loreto y San Miguel, que se sostuvieron y asistieron mutuamente dados los problemas de conectividad y asilamientos temporarios. Más tarde, a finales del siglo XIX, aparecieron las despensas y comercios de ramos generales. La aparición de escuelas normales, bancos, estación de tren y correo postal, así como la consolidación de la parroquia y la definición de una segunda plaza configuraron la traza a un sistema urbano más complejo conforme al modelo de república basada en una economía liberal agro exportadora.

El desplazamiento de la población se dio hacia el sector que hoy ocupa la segunda plaza y en donde se construyó la Iglesia de lenguaje ecléctico neo-románico y, seguido a ésta, el primer edificio que albergó el Banco Nación que sin perder la tradicional galería, alcanza una altura de seis metros por el empleo de ladrillos y pies derechos de sección circular coronados por capiteles torneado. El uso de las tejas francesas, que ingresaron hacia 1880, denota el reemplazo de las tejas de palmera y tejas española por un sistema más hermético y seguro para los intensos regímenes pluviales de la zona (Valenzuela, Piñeiro, 2019).

Si bien Caá Catí tuvo, hasta fines del siglo XIX, una débil conectividad con el resto de la provincia y del país, la comunidad vio mejorada esta situación con la prolongación del tendido de vías desde San Luis del Palmar, del tren de trocha angosta "El Económico". Aun así, los inconvenientes se sumaron a la falta de mantenimiento del tren hasta su cierre definitivo en la década de 1970. Con el desmantelamiento de esta infraestructura que llevó prosperidad a los pueblos del interior, su conectividad con la capital quedó limitada a la Ruta Provincial N°5. Sin embargo, a los fines de considerar la integridad de la herencia cultural, esta situación ayudó a la preservación de los lenguajes arquitectónicos coloniales con las casas de galería que datan de los siglos XVIII y XIX fundacionales y contribuyen a la memoria de los paisajes culturales fundacionales (Fig. 4; fig.5-6).



Fig. 4. : Casa de galería en esquina con materiales originales.
Foto: Edgar A. Piñeiro, 1992.



Fig. 5-6: Paisajes culturales coloniales. Galerías cubiertas en el espacio público. Patrimonio en peligro.

Foto 5: E. A. Piñeiro, 1975. Foto 6: Foto: PI 17 C003, SGCYT-UNNE, 2017.

CONFORMACIÓN DEL TEJIDO SOCIAL Y LA RELACIÓN PÚBLICO-PRIVADO. LAS FESTIVIDADES RELIGIOSAS EN EL ESPACIO PÚBLICO Y SU INFILTRACIÓN AL ESPACIO PRIVADO

La incorporación de los territorios del litoral argentino, en el siglo XVI, al virreinato de Alto Perú[2], se tradujo en un lento proceso de colonización y una ocupación paulatina en un territorio ocupado por poblaciones aborígenes y terrenos anegados por bañados y esteros en el centro de la provincia de Corrientes. Sin embargo, y a pesar de los inconvenientes de establecer vías directas y fluidas con puertos estratégicos como el de Corrientes, Buenos Aires y Asunción, las primeras familias que se establecieron en el actual departamento de General Paz conformaron el entramado social de los dispersos asentamientos rurales, a fines del siglo XVIII, y que daría lugar al poblado de Caá Catí en el siglo XIX. Según Maeder y Gutiérrez (1995), la segunda mitad del siglo XVIII "...se caracterizó por una fiebre pobladora como resultado de la acción de gobernadores, intendentes militares y frailes que con el empeño de formar nuevos pueblos como sinónimo de progreso y quizás de ascenso en un escalafón administrativo".

Sin embargo, a pesar de esta "fiebre pobladora" que mencionan los autores, la población en el departamento de General Paz, llamado en ese momento Caá Catí, creció lentamente y con débiles vínculos con la ciudad de Corrientes. Las primeras familias, a fines del siglo XVII, que no superaban las seiscientas personas, eran todas descendientes de españoles y supieron conformar una comunidad sobre lazos parentales. Si bien la historiografía apunta a que durante las primeras décadas del siglo XIX se estableció un comercio fundado en el cuero, la grasa vacuna y porcina, el tabaco, la miel de caña, la harina de mandioca, el maíz y hasta trigo y vid, el circuito a los puntos de ventas como Buenos Aires y Corrientes se hacía con carretas atravesando las Maloyas, o por los pequeños puertos de Itá Ibaté y Yahapé sobre el Río Paraná. A través de dichos puertos se establecieron relaciones comerciales con los poblados del Paraguay que se cortaron durante el gobierno de Rodríguez de Francia, entre 1820 y 1840, desvinculándose totalmente de este país durante la guerra de la Triple Alianza (1864 - 1870).

[2] Hasta el siglo XVIII y desde 1776 dependientes de la Intendencia de Buenos Aires del recién creado Virreinato del Río de la Plata, bajo la monarquía de las Casas de los Borbones.

Esta estructura social basada en lazos parentales, era un modo de retribución de poder y liderazgo social al esfuerzo pionero de las primeras familias de establecer el desarrollo de poblados y permitir, ante el modelo virreinal, consolidar las tierras y controlar a los originarios mediante el sistema de encomiendas. D´Orbigny (1998) comentaba al respecto:

"Entre sus habitantes reina la unión más estrecha y puede decirse que constituyen una gran familia, pues casi todos son parientes. Sólo los Esquivel hacen la mitad de la población; son los más numerosos y los más ricos; a su amabilidad debí todos los servicios que su posición social le permitía prestarme, en todo los aspectos."

Esta notable descripción une temporalmente los lazos parentales del apellido con las actuales descendencias y que tuvieron una activa vida social durante el siglo XX. Pero, no solo la permanencia del apellido es lo que pervive en el poblado sino también costumbres que se mantuvieron casi intactas y que establecen un patrón espacial determinante en la relación del espacio público con el privado.

LA DIMENSIÓN DE LO PÚBLICO-PRIVADO DEL PAISAJE CULTURAL

El paisaje urbano de Caá Catí, en los tiempos de conformación de la trama urbana del poblado, hacia 1800, por las tradiciones culturales de los primeros pobladores, no difería mucho de otros poblados que surgieron durante el siglo XVIII, o a inicios del siglo XIX. Si tomamos la ciudad de Corrientes fundada a fines del siglo XVI, a los fines comparativos, su configuración espacial dada por la articulación de la vivienda y el espacio cubierto de la vereda, y la calle como conector de los demás espacios urbanos, como plaza, mercado, iglesia y cementerio, daba como resultado un patrón espacial y configuraba un ámbito de intensa interacción social y, en donde, se conjugaban las actividades cotidianas de la vida doméstica con las de índole pública, atravesadas por las tareas y roles que cada uno ejercía en lo social, y por las festividades y celebraciones de dicha sociedad (Piñeiro, Salas, inédito).

Las fiestas y ceremonias públicas componían un sinnúmero de rituales de carácter religioso, y al mismo tiempo popular pagano[3], que se mantuvieron hasta muy entrado el siglo XX en la provincia de Corrientes y particularmente en el caso de Caá Catí han pervivido hasta la actualidad. La cultura guaraní dejó también su huella en el acervo de creencias con sus mitos

y leyendas. Olga Piñeyro (2002), escritora local, narra el sincretismo entre creencias religiosas de la fe católica y mitos populares enraizados en la cultura guaraní que forman parte del acervo local:

“Calles silenciosas y aquietadas de modorra blanqueadas por un sol recalcitrante. Hora unánime en el que solo se atreven las poras, el pombero, los teyus o algún ‘tape’ enardecido...Un cielo deslumbrado que se refleja en alguna laguna sembrada de espesos camalotes y de juncos...la plaza congelada en un tiempo intemporal, verde estática, cuestionando con firmeza cancerbera secretas confidencias de amantes furtivos; promesas perdidas en algún tiempo... El pueblo está sumergido en la blanca inconciencia del sueño. Aletargado. La hora terrible de la siesta.”

Hay que apuntar, que todas las festividades culturales o religiosas, como Semana Santa, Pascuas, Carnavales, entre otras, en el período del Virreinato del Río de La Plata se manifestaban en el espacio urbano con “el límite ambiguo entre lo público y privado...teniendo en cuenta los sistemas de reciprocidades que regularon las relaciones de los particulares con la Iglesia. En cuestiones relativas de los derechos y usos y propiedad de los espacios y las imágenes” (Jáuregui, 1999).

El calendario de festividades establecía los ritmos de la vida pueblerina. Las fiestas eran numerosas y se prolongaban durante todo el año. Tal era el número de celebraciones que, a menudo, generaba desconcierto y surgió la necesidad de asentarlas en un calendario. En 1858, se editó el “Calendario Perpetuo...”, en donde su editor, Pablo Coni (1858), explicaba que el objetivo del Calendario era encontrar con facilidad todas las festividades. Éste constaba de sesenta y cuatro fiestas religiosas distribuidas a lo largo del año incluyendo a la “la Invencción de la Cruz” o Cruz de los Milagros, la Virgen del Rosario y la Conmemoración de los Difuntos. En Caá Catí, estas dos últimas festividades, presentan variaciones en sus rituales, caracterizadas por la apropiación cultural del espacio público y la permeabilidad con el espacio privado, conformando un

[3] “En las sociedades americanas de la monarquía católica, las fiestas navegan siempre en el marco de una relación especular entre lo profano y religioso, dos polos que sólo pueden ser entendidos juntos.... En estas sociedades era el calendario religioso (en realidad no había otro) el que ritmaba la vida de la sociedad” (Fradkin, Garavaglia, 2009).

singular paisaje, en donde se conjugan aspectos tangibles de la arquitectura tradicional constituidas por las veredas cubiertas de las casas y los aspectos intangibles de transmisión oral y ritualidad que han perdurado desde tiempos remotos.

El límite ambiguo entre lo público y lo privado expresado en las actividades de festividades religiosas y populares, propias del mundo colonial en Hispanoamérica, se pone de manifiesto con mayor relevancia debido a la permeabilidad del propio paisaje urbano, conservando en algunos casos, con los extensos lotes que podría contener la casa en la esquina con su corredor de veinte a cuarenta metros de largo, como la casa Esquivel, y sus patios solamente delimitado por cercos bajos y precarios, son coincidentes con las descripciones de viajeros que hicieron notar la permeabilidad entre lo público y lo privado, en el uso de los espacios, como lo describe el naturalista francés D’Orbigny, quien hacia 1823 comentó que en Caá Catí “...nunca vi cerrar una puerta, de noche ni de día; con frecuencia los vecinos se ausentaban de su casa dejando todo abierto”, y apunta más adelante que “...todas las noches, casi la totalidad de la población, sacaba sus camas de sus piezas y la plaza pública se convertía en un gran dormitorio”. Estas prácticas, según referentes locales, se mantuvieron en el poblado hasta bien entrado el siglo XX.

Así las puertas y ventanas siempre abiertas se confunden con los espacios de corredor sirviendo a las actividades urbanas, de transitar, pero a la vez para el uso privado. De igual manera, la calle como una extensión de la vereda y la conexión con la plaza y la iglesia conjugan un espacio común de actividades socioculturales y religiosas.

Es evidente que el espacio público era y es entendido como una extensión de su propia vivienda, y que su uso estaba consensuado por todos. Ahora bien, ¿cómo era entendido el espacio bajo las galerías? Pareciera que el frentista, aunque solventó la construcción de la galería, y que ésta forma parte de la estructura de su vivienda (no es una cubierta aislada sino solidaria), le da un tácito derecho a utilizar el espacio como extensión de su propiedad, colocando sillas, u otro mobiliario, y los vecinos tienen el derecho a transitar y no así a usar con otro fin el espacio.



Fig. 7. Reunión entre parientes y vecinos al cobijo de las galerías de herencia colonial. Fotos: PI-13C006 y PI 17 C003, SGCYT-UNNE, 2017.



Fig. 8. Reunión al cobijo de las galerías con mate. Foto: PI 17 C003, SGCYT-UNNE, 2017.

La mayor parte de la vida social local, hasta el día de hoy, se desarrolla en el espacio público, propiciada por los templados meses de otoño y primavera y, aunque el verano es caluroso, y con lluvias intensas en febrero, no constituyen una limitante para las visitas a familiares y amistades. La tradición colonial de sentarse al cobijo de las galerías urbanas en horas de la tarde o noche, gesto que facilita el contacto vecinal y fomenta la cohesión social, ha sobrevivido el paso del tiempo.

El espacio público local, además de fomentar el encuentro de vecinos en ciertos sectores que conservan las galerías coloniales, es utilizado como lugar de celebraciones religiosas, donde se produce una infiltración hacia el espacio privado. El límite entre espacio público y privado se desdibuja y se vuelve poroso. Esta suerte de porosidad entre lo público y privado, hoy en día sobrevive en diversas tradiciones culturales y religiosas. En algunas de ellas, se trasladan de casa en casa donde se llevan a cabo diversas etapas y permiten la libre entrada a los participantes a las parcelas privadas. Una de estas fiestas es la celebración de “Ángeles Somos” que se realiza el primero de noviembre junto a la festividad de “Todos los Santos” (fiesta litúrgica), y cuyo significado es el recordatorio jubiloso de los niños muertos[4]. Una de las características de este ritual, registrado por la investigadora musical Susana Piñeiro (2017), es que al llegar a cada casa, los niños recitan coplas[5]. La celebración continúa a la noche con serenatas en las casas de los vecinos[6] (Figs.9-10)

En otras celebraciones, como la de los “Peregrinos” que en el calendario católico corresponde a la de la Virgen del Rosario[7], patrona de la localidad, tiene la singularidad de ser una festividad de alcance microregional (abarca los parajes rurales y poblados vecinos), se llevan a cabo recorridos procesionales entre la iglesia matriz y las ermitas y los altares privados dentro de cada vivienda. Constituye así otro caso de infiltración de las actividades públicas hacia el ámbito privado. Otras instancias de esta festividad se realizan en espacios más generosos debido a que congregan a mayor número de participantes que provienen de parajes cercanos[8]. Por su carácter micro regional esta tradición intensifica los lazos sociales intercomunitarios en los días de su celebración (Fig.11).

[4] Según el registro realizado en Caá Catí esa tradición consiste en una serie de actividades durante la mañana entre las 7.00 y las 11 horas. Se inicia con el recorrido de grupos de niños de casa en casa, pidiendo golosinas y dedicando refranes y oraciones a las familias que dan golosinas, a modo de ofrendas, a los grupos de niños.

[5] Cada uno de los niños va con un ramito de flores y el líder con una cruz. Los niños son retribuidos con agasajados dulces o rosarios de chipá, que más tarde se redistribuyen equitativamente.

[6] El mismo día, por la noche, se entonan serenatas y se realizan reuniones en casas de amigos amenizadas con comidas y bebidas.



Fig. 9-10. Durante la celebración de la Fiesta “Ángeles Somos”.
Fotos: Fabián Brizuelas, 2006.



Fig. 11. Festividades religiosas, visita de imágenes de otros pueblos. Foto: Fabián Brizuelas, 2006.

[7] “...la tradición que la primitiva Virgen del Rosario de Caá Catí que se veneraba en la vieja parroquia era de la propiedad de la familia Esquivel...” (Cabral, 2019). Durante la fiesta patronal - Virgen del Rosario- se realizan distintas actividades: la novena a la Virgen, las quermeses, la carrera de sortija y la fiesta de los Peregrinos que consiste en la llegada de las imágenes religiosas de los diferentes parajes en el transcurso de dos días.

[8] La fiesta, realizada el 7 de octubre, congrega a peregrinos provienen de los parajes de Paso Florentín, Puisoye, de Loma de González. En esa fecha se festeja la fiesta de la Virgen del Rosario patrona de Caá Catí. Una lugareña, Florencia Castillo comenta durante una entrevista realizada por Edgar Piñeiro en 2006, la gran convocatoria que generaba la festividad hacia 1950:

“..los peregrinos le festejan a la Virgen del Rosario “...porque esa es la invitación que hace la virgen a todos los pueblos y parajes vecinos. Algunos vienen ya el día 5, son los que están más lejos, porque vienen de muchas partes... De los parajes de General Paz o de San Miguel, de Itá Ibaté y suele venir hasta la virgen de Caá Cupe del Paraguay. Es el día que llegan todos los peregrinos ya, desde la mañana pican las campanas y largan las bombas... el día siete que es la fiesta y después de dejar todos sus santos en la iglesia, se hace la procesión y a la noche todos esos peregrinos están rodeando la plaza.”

CONCLUSIONES

Las características del paisaje natural del lugar de asentamiento elegido por las primeras familias pobladores de Caá Catí, con terrenos anegables que dificultaban el acceso y la circulación con la capital que condicionaron el desarrollo cultural y social de la localidad, forjaron una identidad y un modo de ser social que pervive en la actualidad. Este modo de ser se evidencia en el paisaje urbano actual especialmente en el espacio público. Es en éste, donde se conjugan e interceptan actividades de origen hispánicas sobre todo los rituales de religiosas con rituales sociales, en el uso de la calle y la vereda y los tramos de esta sobre los corredores. Se conforma en un área de intensa actividad entre lo público y privado, entre lo tangible e intangible donde los límites se desdibujan con antiguas costumbre como la de dejar abiertas ventanas y puertas y la delimitación de los extensos lotes en esquina, con tenues cercados de tacuara y alambre. Las formas, los rituales y prácticas sociales confieren a este poblado una singularidad hoy perdida en la mayoría de los poblados de la región y que tuvieron un similar origen. En Caá Catí se reafirma la estrecha relación, su paisaje natural y el territorio y que el paisaje cultural actual como el resultado de su historia, de su paisaje natural. A través del espacio público es posible conocer el contexto sociocultural, político, religioso de una comunidad, ya que en éstos, construidos históricamente, habitan representaciones, proyectos e ideologías. Es aquí donde se construye ciudadanía, idiosincrasia e identidad.

BIBLIOGRAFIA

ÁLVAREZ MUÑARRITZ, L.

(2011). "La categoría de paisaje cultural". *Revista de Antropología Iberoamericana*, volumen 6 número 1, Universidad de Murcia: Pp. 57-80 Madrid: antropólogos iberoamericanos en red. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62321332004>

CARNEVALI, R.

(1994). *Fitogeografía de la Provincia de Corrientes*, Asunción. Gobierno de la Provincia de Corrientes, Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria. Corrientes.

ACONI, P. [ARREGLADOR]

(1858). *El verdadero Calendario perpetuo o sea colección de 35 calendarios únicos posibles en el curso de los siglos*. Corrientes: Imprenta La Opinión.

CORBOZ, A.

(2001). *El territorio como palimpsesto*. En *Le territoire comme palimpseste et autres essays*, París, 2001. Trad. Blanca Pulido.

D'ORBIGNY, A.

(1998). "Caa Caty y sus alrededores". En: *Viaje por América Meridional I. Capítulo IX*, Buenos Aires: Ed. Emecé.

JÁUREGUI, A.

(1999). "La intimidad con la imagen en el Río de la Plata. De la visión edificante a la conformación de una conciencia estética". En *Historia de la vida privada en la Argentina. País Antiguo, de la colonia a 1870. Tomo 1*. Buenos Aires: Editorial Taurus.

MAEDER, E.; GUTIÉRREZ R.

(1995) *Atlas Histórico del Nordeste Argentino*. Instituto de Investigaciones Geohistóricas. Conicet- Fundacord UNNE. Resistencia, Chaco.

PIÑEIRO E. A., SALAS, P.

(2018). "La trama urbana como rasgo de identidad hispanoamericana: análisis de la ciudad de Corrientes a través de los relatos desde el siglo XVI a principios del Siglo XX" (Inédito).

PIÑEIRO, S.

(2017). *Ángeles Somos*. Corrientes: Moglia Ediciones.

PIÑEYRO, O.

(2002). *Cuentos que me contaron*. Corrientes: Editorial Moglia.

SERRANO, B.

(1930). *Guía General de la provincia de Corrientes. 1904 y 1910*. Corrientes: Editorial Teodoro Heinecke.

VALENZUELA, M. V.

(2019). "Territorialización de los paisajes culturales hispano-criollos en la provincia de Corrientes. Superar la escala arquitectónica y urbana para su protección integral". En *Actas del 8vo Seminario de políticas urbanas, gestión territorial y ambiental para el desarrollo local*. ISSN: 1851-3506. Resistencia.

BIBLIOGRAFIA

VALENZUELA, M. V.; PIÑEIRO, E. A.

(2019). "Paisajes culturales de Caá Catí, Corrientes. Registro, diagnóstico y catalogación para su patrimonialización".

En *Actas del XXXVIII Encuentro de Geohistoria Regional, IIGHI-CONICET, Resistencia*. Disponible en: <https://iighi.conicet.gov.ar/libros-de-acta-de-los-encuentros-de-geohistoria-regional/>

VALENZUELA, M. V.; PIÑEIRO, E. A.; PASSI PÉREZ, M.

(2019). "Paisajes culturales de Caá Catí: huellas, permanencias y convivencias". Libro de Comunicaciones Científicas y Tecnológicas Anuales 2018. Resistencia: Editorial FAU-UNNE pp. 163-175. Disponible en: <https://drive.google.com/file/d/1AFcFzj15UjBDocHN1A9I8tvzmmGF1T13/view>. Editado en

FRADKIN, R.; GARAVAGLIA, J.

(2009) *La Argentina Colonial entre los siglos XVI y XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.